Sergi Gros

Rey vagabundo

Esa noche la aldea entera, pastores junto a poetas, orfebres junto a soldados, logró rodear con antorchas al monstruo de mi hermano en el descampado donde acostumbrábamos a enterrar las ovejas enfermas. Él había intuido mi *traición* desde el principio y no dejaba de buscarme los ojos aunque yo los bajara e intentara pasar desapercibida tras la rabiosa muchedumbre. Hermana, susurraba él como si llorase. Como si se retractara de todo. Pero luego reía, vomitaba sobre su propia túnica y se palpaba la entrepierna. Todos los del pueblo me consolaron: Ése no es tu hermano. Y tenían razón. Dios perdone a mi hermano, me dije al tiempo que miraba por última vez unos ojos donde ya únicamente señoreaba el mal. Hermana, susurraba y susurraba como si llorase. Entonces apareció el vagabundo.

Dios salve al vagabundo.

Aquel hombre, como los acólitos que lo acompañaban, iba encapuchado y sucio. Su rostro adusto brilló bajo las antorchas cuando rompió el círculo y, acercándose a mi hermano, se descubrió la cabeza. Sus facciones eran similares a las de los nómadas del desierto. Pero quizá su barba era más rala: lo consideré hermoso, amenazador. El monstruo escupió y trató de perros forasteros a los recién llegados. Como perros sobreviviremos y moriremos, contestó el vagabundo en tanto que llamaba a mi hermano por su nombre (un nombre que todos habíamos aprendido a odiar). El vagabundo dijo: Lázaro, ven aquí. Lázaro, dijo aquel mago de ojos oscuros, échate y no andes más. Y ante el asombro de la aldea entera, mi hermano se desplomó como falto de huesos.

Yo misma dispuse la mortaja.

Dios salve al vagabundo.

Los hermanos Gris

En la gasolinera, ya de noche, el conductor extrajo las cadenas del maletero, compró una chocolatina y recogió a los hermanos Gris. Era la primera vez que lo hacía, lo de recoger a extraños en la carretera, se entiende. Eran veinteañeros y a la luz de los faros le parecieron asustados o enfermos. Os acerco, dijo el conductor abriendo la puerta del Seat. Yo soy Tobías Gris y mi hermano Jonás es mudo, dijo el más alto de los autoestopistas. El aludido Jonás se ovilló en el asiento trasero y cayó dormido al instante. Tobías habló con el conductor sobre el inminente temporal y le contó una historia con los ojos cerrados[1]. Pasaron bajo siete puentes. Hasta que un trueno acabó por despertar a Jonás Gris. El mudo buscó los ojos del conductor en el retrovisor y, recordando un dolor antiguo, abrió la boca. Paaa-paaá, dijo con voz húmeda, como de boca llena de sangre. Y tuvieron el accidente.

[1] Cuando nació, Jonás lloró hacia adentro y la sangre se le mezcló con las palabras formando una pasta lodosa que le atrancó la garganta para siempre. Pasaron los años y el niño no dijo nada. No dijo Mamá. Por no decir, no dijo ni Papá. Y papá no pudo soportarlo. Los diagnósticos recopilados por medio mundo sólo difirieron en el idioma empleado: Jonás era mudo. Como una piedra. Como un maniquí. Luego papá hizo venir el Miedo. Jonás no es una piedra, repetía a cada momento. Y su único fin empezó a justificar medios terroríficos. Cigarrillos. Tenazas. Pero Jonás sólo sangró. Jonás no dijo nada, y papá envejeció de repente. ¿Nuestra madre? Mamá desapareció aquel mismo otoño, un lunes. Pero eso no importa. Jonás, como usted comprenderá, se tornó huraño, salvaje. Llegó el día en que tuvimos que mantenerlo atado a todas horas. Hasta que mi hermano habló por primera y última vez. Sí. Hace ya años. Una palabra. Desde entonces estamos en la carretera. Jonás Gris dijo Paaa-paaá, y papá murió. No se asuste. Fue un accidente.

Julio y los pájaros

Sueño que vivo debajo de un puente con Julio Cortázar y una treintena de harapientos más. Julio tiene miedo de los demás y llora a menudo sobre mi regazo. Decidles que no quiero matar más pájaros, me susurra Cortázar cuando el hambre despereza a los oscuros habitantes del puente. Pero ellos igual encienden las hogueras y disponen los enseres de plástico sobre el lodo. Los vagabundos creen a fe ciega que Julio puede hablar con los pájaros.

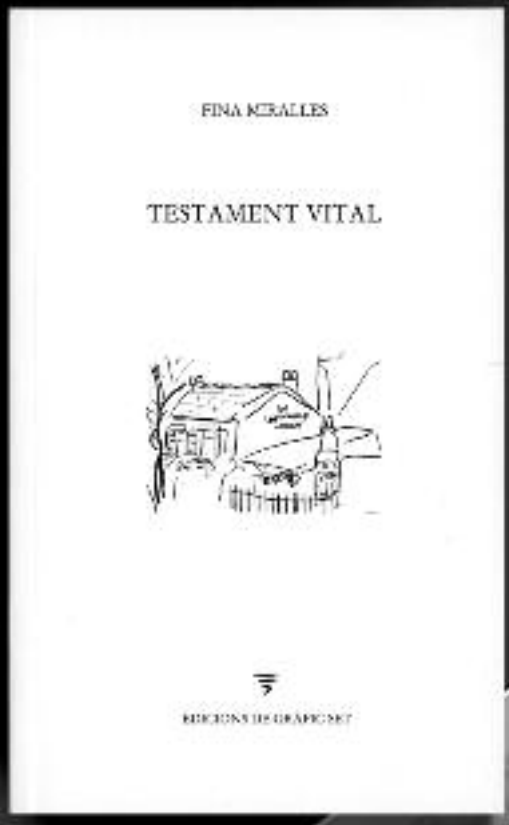
Ellos me obligan a seguir a Cortázar. Le ayudarás con los pájaros, dicen. Caminamos hacia el sol. A veces nos vemos forzados a atravesar apestosos riachuelos y vías de ferrocarril inutilizadas. Las nubes de mi sueño son borrosas quimeras en un cielo que se adivina postizo. Acá viven los pájaros, dice finalmente Julio ante un bosque de olmos y desvencijadas torres eléctricas. Entonces se descalza y desanuda los cordones de las botas. No entiendo nada. Lo mejor es ahorcarlos, dice Cortázar.

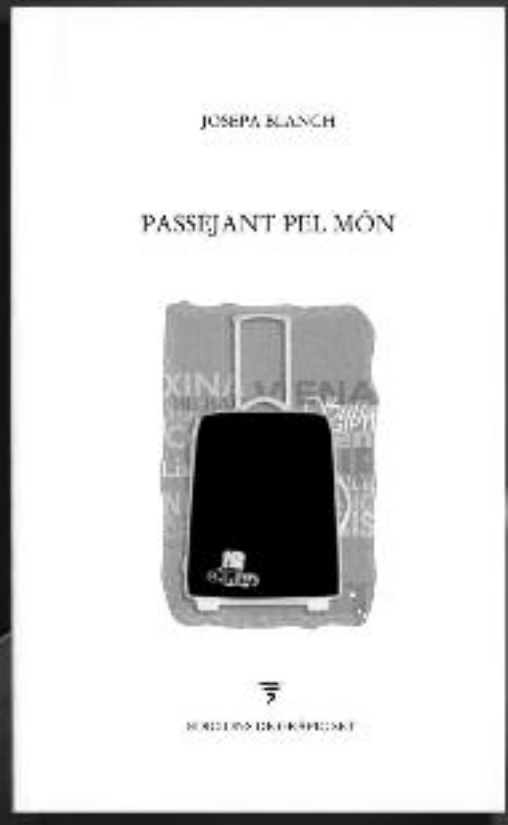
Con los años mi ignorancia se convierte en destreza. Atrás quedan los tiempos de aprendiz. Los bolsillos de mis pantalones suelen estar repletos de gorriones muertos. La oscura gente del puente me llama por mi nombre e incluso me ofrece vino. Un manto de huesillos cubre el campamento. Al fin Julio es liberado de un tarea que casi lo consume por completo: luce barba blanca y afiladas manos de vampiro. Así no hablan, añade Cortázar a destiempo.

Y abandona mi sueño.

Sergi Gros va néixer a Sabadell el 1974. És llicenciat en Filologia Catalana. El 2005 publica el seu primer llibre de contes, *Los calígrafos*. L'any 2007 va guanyar el XLI Premi Joan Teixidor de Poesia amb *Suburbanismes*, un conjunt d'haikus publicats a *I alhora en equilibri*, poemari que recopila l'obra de dos poetes més, Aina Ferrer i Marc Zanni, guardonats amb el mateix premi. L'any 2009 publica *Las rendiciones*, el seu primer poemari en castellà.

EDICIONS DE GRÀFIC SET





El pot petit

De venda en llibreries